

tudiado. Un comportamiento que, ante lo que los europeos llamamos azar, casualidad o mala suerte, se manifiesta dentro de unos esquemas de lógica muy sólidos achacándolo a la brujería. Una brujería que habría sido provocada por las envidias o por los malos sentimientos de algún vecino u otra persona —excepto familiares— con quien se tiene relación habitual y que figura dentro de un mismo estrato social en la rígida y clasista sociedad zande.

Debe tenerse, pues, presente que la obra de Evans-Pritchard ha de ser considerada como una aportación a la sociología del comportamiento a través del estudio de los condicionamientos sociales de la percepción. De las investigaciones efectuadas por Evans-Pritchard entre los azande fue posible elaborar una argumentación válida aplicable al comportamiento humano enmarcado dentro de unos condicionamientos de pensamiento mágico.

Una explicitación de lo que el lector deducirá tras la lectura de las páginas de Evans-Pritchard puede encontrarse en una de las reseñas más ajustadas que se han hecho de la obra y que está a nuestro alcance merced al buen sentido de programación editorial (4). Así, el profesor Gluckman propuso, como resultado central del análisis sobre los azande, que "la brujería opera como teoría de las causas" y que "como teoría de las causas de las desgracias está vinculada con las relaciones personales entre la víctima y sus vecinos, y con una teoría de los juicios morales sobre lo bueno y lo malo", para concluir que "la teoría de la brujería resulta ser racional y lógica aunque no sea cierta" (páginas 16, 17 y 21), y profetizan que "las nuevas fuerzas van a descomponer el sistema místico y cerrado de África" (página 29).

Treinta y dos años después de

(4) Gluckman, Max: La lógica de la ciencia y de la brujería africanas. Páginas 7 a 30 dentro del cuaderno Gluckman, Douglas, Horton: Ciencia y brujería. Anagrama, Barcelona, 1976 (publicado originalmente, el artículo de Gluckman, en "The Rhodes Livingstone Institute Journal", en 1944, junio). Los dos restantes artículos tienen relación con la obra de Evans-Pritchard, pero sólo en cuanto a sus relaciones con el binomio historia-antropología en materia de investigaciones sobre brujería africana y brujería europea en la Edad Moderna.

las palabras de Gluckman los hechos han confirmado sus pronósticos parcialmente, quedando ya lejana en gran parte del continente africano la dominación colonial anterior a la segunda guerra, pero habiendo sido sustituida, en casos, por un nuevo tipo de colonialismo económico y, en otros, por la aparición de grupos autócratas, que siguen condicionando socialmente el comportamiento de los africanos, dentro de unos esquemas de pensamiento mágico. ■ PABLO MORATA.

El caso Cardenal

Nuestro conocimiento de la literatura latinoamericana es irregular, discontinuo. A través de fulguraciones repentinas, de breves "flashes", nos van llegando aisladamente unos cuantos nombres, en épocas distanciadas entre sí. Pese a todas las enfáticas declaraciones subimperialistas de "hispanidad", de "hermandad entre los pueblos de común herencia cultural" y demás lugares comunes de la propaganda oficial, nuestro conocimiento de la literatura latinoamericana está casi siempre mediatizado por el aparato cultural y propagandístico europeo y norteamericano. Sería casi impertinente citar los casos de Carpentier, de Borges, de Cortázar, descubiertos para nosotros por la crítica francesa y anglosajona. Por un Vargas Llosa que se impone a partir de España, nos llegan una docena de autores que han unido que ir a revalidar su calidad a París, a Londres, a las Universidades norteamericanas. Padecemos formas de colonialismo cultural menos directas que las que sufren los latinoamericanos, pero no por ello menos insidiosas y perturbadoras.

Con Ernesto Cardenal ha ocurrido un poco lo mismo. El éxito europeo —especialmente alemán— de su poesía nos lo ha descubierto, pese a que el primer libro suyo —su tesis doctoral en Letras, si no me equivoco— se publicó en Madrid hace más de veinte años. A comienzos de los años setenta, las editoriales españolas empezaron a ocuparse del gran poeta trapense. "El Bardo" publicó "La hora cero y



Ernesto Cardenal.

otros poemas", Ocnos (1971) una buena antología de su obra, y el año pasado Barral editó otra nueva, más amplia, bajo el título de "Poesía escogida". Ahora, Pomaire —¡quién lo diría!— reedita el libro que reveló a Cardenal, "Salmos", y en Ediciones Sigueme, de Salamanca, aparece un hermoso librito, "La santidad de la revolución".

"La santidad de la revolución" está formado por dos entrevistas con Cardenal, tres poemas largos y un prólogo de Hermann Schulz. Los dos textos en prosa son importantes para conocer el desarrollo político y religioso de este poeta excepcional, cuya obra, por su transparencia, por su aliento subversivo —en el más noble sentido que pueda tener esta palabra—, ha recibido una atención nada más que discreta por parte de la crítica instalada, siempre atenta a no comprometerse y siempre en busca de cadáveres culturales en los cuales introducir impunemente el escalpelo. Cardenal es todo lo contrario de un poeta cerrado, hermético. Por su poesía corre un viento libre, de estrechadora pureza, que dota a su lenguaje de una fluidez y de una hermosura incomparables. Poeta revolucionario, su mensaje de radical transformación política y social no está envuelto ni en demagogia ni en retórica. Es un mensaje de amor al pueblo, pero sin la insoportable vaciedad populista que ha tarado tanta poesía política tanto en España como en América Latina y otros países. Leyendo las entrevistas que aparecen en "La santidad de la revolución" nos percatamos que bajo la aparente sencillez del mensaje liberador de Cardenal hay una comprensión profundísima de la Naturaleza y de la Historia. Su ideología, lo mismo que su poesía, son el fru-

to de la paciente decantación de un complejo y riquísimo bagaje de conocimientos intelectuales y de experiencias vitales.

Cuando Cardenal dice, por ejemplo, "soy un marxista que cree en Dios y en la vida después de la muerte" o "yo considero que mi misión es predicar desde aquí el marxismo, pero un marxismo con San Juan de la Cruz", está enunciando los principios de una praxis política de cuya fecundidad empezamos a tener espléndidas muestras tanto en España como en América Latina. Pero también nos está dando una de las claves más importantes de su poesía. Marxismo y cristianismo son para Cardenal dos elementos que se funden, que se complementan mutuamente. Dos concepciones del mundo que exigen una entrega total, sin fisuras. Sólo teniendo en cuenta este dato, se puede comprender adecuadamente su concepción de la literatura como un instrumento de ayuda en la transformación socio-política. En una entrevista a la desaparecida revista argentina, "Crisis", que es una de las que se reproducen en "La santidad de la revolución", Cardenal dijo sin contemplaciones: "Me interesa la poesía, sí, y es lo que más hago, pero me interesa de la misma manera que les interesaba la poesía a los profetas. Me interesa como un medio de expresión: para denunciar las injusticias y anunciar que el reino de Dios está cerca".

Se comprende que la crítica académica pase sobre la obra de Cardenal como sobre ascuas, limitándose a elogios y vaguedades. Cardenal, como todo gran poeta, ha salido a buscar su público entre las gentes sin historia. Y las señales son de que ya ha empezado a encontrarlo. ■ JAVIER ALFAYA.